

**Dr. Ángel Rafael Lombardi Boscán**  
**Director de 2004-2008**

---

## **Banderas del rey\***

En una poco publicitada cita de Simón Bolívar, el caraqueño que dedicó toda su existencia en luchar contra la Monarquía Hispana en pos de conquistar la Independencia, llegó a escribir lo siguiente: “El historiador no debe olvidar nada; todo lo debe recoger para presentar al Mundo y a la posteridad los hechos tal como han pasado; los hombres tal como han sido, y el bien o el mal que han procurado al país” (Diario de Bucaramanga).

La Historia de Venezuela como casi todas las historias nacionales ha sido escrita de acuerdo a una necesidad o lógica que tiene que ver con las hegemonías e intereses de los sectores socialmente dominantes que se han instalado sucesivamente al frente del país tomando el control del Estado. Y la verdad histórica obviamente se ha resentido al privilegiar una construcción del pasado desde recuerdos selectivos y convenientes, por no decir, en su mayoría falsos y artificiales. No hay duda de que la construcción de la identidad nacional criolla con sus referentes históricos, común a casi todos los países emancipados de España, tuvo que partir más bien de una reinvenición del pasado donde el mito, la leyenda y la epopeya sustituyeron a los hechos históricos en sí. La herencia hispana fue ferozmente

---

\* Conclusiones del libro: “Banderas del Rey”, Universidad Cecilio Acosta-Universidad del Zulia, 2006.

mutilada y el discurso historiográfico contribuyó a construir una memoria del país manipulada.

El mito Bolívar, luego de una repatriación tardía del Libertador proscrito de su propio país (1842), se erigió como una de las construcciones ideológicas más efectivas llevadas a cabo en la historia de las naciones. Y todo ello es paradójico porque los fundadores de Venezuela nada quisieron con el Bolívar viviente que representaba la idea de un proyecto político unitario a medio camino entre el autoritarismo y la democracia, que ponía en entredicho las aspiraciones y los intereses prevalecientes de las oligarquías regionales y la de victoriosos militares que creyeron que la guerra contra España se hizo en beneficio propio.

La contienda como gesta popular de liberación en contra de un régimen opresor sirvió de justificador para el reacomodo y enroque de los factores de poder que triunfaron en las guerras de las independencias. Las principales transformaciones quedaron en el ámbito de lo político porque la estructura económico/social prácticamente se mantuvo inalterable por mucho tiempo. Los sectores dirigentes criollos se sintieron rápidamente presionados ante el mundo industrial atlántico y europeo porque había que hacer méritos para obtener legitimidad y reconocimiento como país soberano de acuerdo a unas leyes e institucionalidad de corte occidentales. De igual manera se buscó la cohesión interna de la población sobre premisas culturales que partían de una nueva identidad alrededor del culto a Bolívar.

Los descendientes de los españoles triunfadores de la guerra, y esto es importante señalarlo, porque la guerra no fue ganada ni por los indios, ni los negros y mucho menos por los pardos, se dedicaron a reivindicar el pasado pre-hispánico siendo ellos mismos cómplices de la explotación pasada

y luego futura de las etnias indígenas. De la misma forma se encargaron de elaborar toda una retórica anti/hispana fundada en las tradicionales y escandalosas acusaciones de Las Casas junto con los propios escritos del Libertador, en su mayoría, ferozmente anti/hispanos y que fueron escritos dentro de las duras circunstancias de una guerra a muerte. La nueva idea de nación quedaba confiscada por los ganadores de la contienda.

La nueva republica y los hombres que empezaron a dirigirla desde 1811 creyeron con pasmosa ingenuidad que el paso de colonia a republica iba a ser algo pactado, sin violencia y sin traumas. El encarnizamiento de la guerra y los doscientos mil muertos que hubo sobre una población de un millón de habitantes refleja el derrumbe de todo un mundo social, de un auténtico modo de vida. Y es que antes de ser venezolanos, fuimos indígenas, pero también africanos, pero sobre todo, españoles. Hoy nos reconocemos criollos mestizos pero enfrentados a la negación de nuestra más importante herencia cultural e histórica: la hispana. Resulta que los trescientos años de presencia hispana, el llamado período colonial, representa nuestra oscura Edad Media, y en contraste, el período que corresponde a los años 1810-1830, una auténtica Edad de Oro, porque logramos liberarnos de la Monarquía de Fernando VII y llevamos nuestros ejércitos a liberar medio continente americano.

No obstante todo depende de la perspectiva y las distintas interpretaciones en que se estudie todo éste interesante proceso histórico. Los habitantes realistas de Pasto, Caracas, Maracaibo, Guayana, Coro, Cumaná, Buenos Aires, Quito, Lima y de cualquier localidad para el año 1810 sentían satisfacción e identificación plena por el mundo en que vivían; ser súbditos de la Monarquía hispana era un poderoso referente marcado por la tradición y las costumbres. Los americanos españoles

no se avinieron a la idea emancipadora como algo mágico, es decir, sin contradicciones. Tanto es así que desde la óptica de estos sectores representantes de la opinión pública realista del momento, los ejércitos “libertadores” de Sucre y Bolívar que se adentraron en los Andes desde el año 1822, fueron recibidos con perplejidad y rechazo bajo la acusación de ser unos invasores.

La violencia desatada originalmente por una minoría dirigente desembocó en una guerra con significados tan diversos que obligan al historiador de hoy a un acercamiento múltiple y amplio desde muchas lecturas: guerra por la libertad en contra de un imperio opresor representado por una Monarquía; conflicto civil entre partidarios del realismo y simpatizantes de la independencia absoluta, todos ellos en su inmensa mayoría criollos americanos; guerra social de castas, es decir, el levantamiento popular y étnico del año 1814, irónicamente encabezado por el asturiano Boves y el canario Morales enarbolando las banderas blancas del Rey; conflicto internacional por la presencia desde el año 1815 de un ejército expedicionario peninsular liderado por Morillo, contienda inter/colonial de acuerdo al juego geopolítico y de intereses entre las distintas potencias coloniales de la época, donde destacaban Inglaterra y Francia, y que pretendieron desde el Mar Caribe influir sobre el desenlace del conflicto hispanoamericano; conflicto de competencias jurisdiccionales y rivalidades económico/comerciales de naturaleza inter/provincial entre unas ciudades cabezas de distritos, regiones y provincias partidarias unas del Rey y otras favorables a la Independencia; guerra contra rebeldes, es decir, la óptica realista para la época que estableció una política represiva militar con la finalidad de someter a los alzados en contra del orden establecido; y finalmente, este proceso también podría ser estudiado desde la crisis española del año

1808 con las abdicaciones de Bayona y que trajo como consecuencia la invasión napoleónica sobre España. Con ello no pretendemos agotar las distintas interpretaciones que pudieran derivarse del proceso de la Independencia de Venezuela; por el contrario, lo que en realidad nos anima es la posibilidad de revisar y reescribir todos estos procesos a la luz de las nuevas fuentes de archivo que de manera privilegiada existen y se conservan inéditos en los principales archivos españoles.

Nuestro tema de estudio se interesó por indagar sobre las actitudes políticas y militares del realismo venezolano de la mano de sus principales dirigentes; algo que todos los venezolanos sabemos que existió pero que nos negamos a enfrentar por la auto/censura y el temor a ser incomprendidos por presentar con “carta de identidad” a los “enemigos” de Bolívar y la patria. Con ello aspirábamos, sin ninguna intención apologista, de ofrecer la otra cara de un proceso exclusivamente estudiado desde una óptica: la del triunfador. Como historiador reivindicó la posibilidad de acercarnos a la verdad histórica asumiendo lo bueno y lo malo de todo proceso; la parte luminosa y la parte oscura; entendiendo que desde la diversidad de las propuestas interpretativas se es capaz de conocer mejor cualquier fenómeno histórico. Existe en nosotros una pasión por comprender el pasado con un mínimo de rigor teórico y metodológico aceptando sin recelos que nuestra ideología y subjetividad influyen inevitablemente en el desarrollo y resultado de toda investigación.

Para España y los españoles, en el caso de nuestro tema, no se trata de ofrecer alguna reivindicación o de saldar una vieja deuda histórica. Sus historiadores, escuelas y universidades ya han demostrado fehacientemente en los años recientes una especial sensibilidad sobre los temas americanistas. Cada vez son más abundantes los libros y trabajos que ventilan pú-

blicamente todas estas cuestiones que aquí tratamos sobre éste apasionante tema. De la misma forma que muchos de nosotros, allá se ha sentido la necesidad de ir un paso por delante de las redes tejidas por las historias oficiales, patrias y nacionales que coartan la libertad crítica, instrumento necesario para atrevernos a estudiar, conocer y comprender cualquier tema o asunto humano sucedido en el pasado. La visión decimonónica de una historiografía española anclada en la gesta épica de sus conquistadores en el siglo XVI es hoy algo que suponemos superado.

De todas formas no vamos a negar que los muchos años de retórica anti/hispana no hayan producido actitudes vehementes y herido susceptibilidades que solo generan la acumulación de rencores insalvables. Consecuencia de lo anterior es la persistencia en el imaginario colectivo del pueblo español de una idea un tanto vaga y confusa sobre América y su historia; visión ésta que no carece de hondos prejuicios. De igual forma, hay en significativos espacios de su historiografía más tradicional (al igual que la nuestra), las actitudes dogmáticas que ofrecen una historia que postula el etnocentrismo desde una óptica maniquea infantil que reduce los procesos históricos a buenos y malos. Octavio Paz decía que no se puede *reducir la historia al tamaño de nuestros rencores. Es por ello* que valoramos el estudio del pasado como un proceso fecundo de transformación hacia la construcción de futuros en que los elementos comunes de la identidad, el respeto por las culturas y las bases para el encuentro entre españoles y americanos sean los hitos indispensables.

Lo esencial de la identidad venezolana es hispánica, ya que deriva de la conquista, colonización y administración de América; es decir, no podemos prescindir de ese pasado donde hay que incluir a la España metropolitana y todas sus vicisitu-

des. Pero España debe actuar de la misma forma e incorporar en su memoria y recuerdo colectivo todo lo que ha sido su experiencia americana. No es España la civilizadora y nosotros los civilizados; esa perspectiva es terriblemente ofensiva y tendenciosa; además, hay sectores que siguen alimentando una retórica chauvinista de corte nacionalista que se debe superar y que aún bebe en el desencuentro que significó la violenta ruptura.

El trabajo de archivo fue en realidad una tarea ardua pero que consideramos incompleto. Los reservorios documentales españoles hoy en día se encuentran en su mayoría organizados de manera óptima y hay en ellos documentación virgen y abundante que espera ser trabajada. Lamentablemente no podemos decir lo mismo de la parte venezolana; razón por la cuál éste trabajo jamás se hubiera podido hacer en mi propio país. Ante lo delicado del tema procuré actuar con respeto y buena fe; la objetividad histórica termina estando identificada por una ética e integridad incluso extensiva en el propio vivir.

Se ha dicho con mucha frecuencia que las conclusiones de un libro las elabora con libertad cada uno de los distintos lectores. En mi caso particular solo quiero señalar cuales han sido las que más me han impresionado de una forma bastante general.

En primer lugar éste es un tema incomodo, tal como ha sido presentado y expuesto, tanto para venezolanos como españoles. Para los primeros es una herejía atreverse cuestionar el mito bolivariano que ha servido para la elaboración de una ficción sobre la Independencia, otorgando protagonismo al bando realista y confiriéndole una "humanidad" hasta ahora en gran parte inexistente dentro de los ámbitos de la historiografía venezolana. Para España el tema en sí le es incomodo porque se trata del fin del Imperio ultramarino con base en América

(1824) y el ahondamiento de una decadencia que empezó a vislumbrarse luego de la muerte de Felipe II. Además, la pérdida de las colonias coincide cronológicamente con su propia Guerra de Independencia (1808-1814) en contra del invasor francés; es por ello que cuando uno revisa el período, las páginas escritas prefieren quedarse analizando lo que ocurrió en la Metrópoli y solo muy marginalmente se hace mención a los sucesos americanos.

La versión realista de la Independencia que hemos escrito se enmarca dentro de un complejo proceso de transición de colonia a república aparentemente indetenible como expresión de unas fuerzas históricas en movimiento hacia el futuro. Respecto a esto se ha hecho mucho hincapié haciendo descansar el peso de las causas de la Independencia Hispanoamérica en los factores externos en detrimento de los de naturaleza propiamente hispana. El trabajo como tal da cuenta de una gran conclusión que contradice ese punto de vista; ya que en realidad el conflicto venezolano fue de naturaleza autárquica.

Los venezolanos, en realidad un solo sector de ellos, los blancos criollos, antes de optar por la independencia creyeron en una salida autonomista y pactada dentro de los propios límites de la Monarquía; la larga distancia oceánica y la cada

*vez mayor desatención de la Metrópoli crearon las condiciones* para que los americanos formalizaran su aspiración en compartir la dirección del Nuevo Mundo con los cada vez más americanizados agentes del Imperio. En 1808, la Metrópoli estaba sin gobierno efectivo, era en realidad territorio ocupado por Francia y los americanos ante ésta situación se mantuvieron leales a la caída Monarquía de los borbones españoles. El momento fue de una anomia e incertidumbre gubernamental total y los agentes provisionales que se arrogaron la representación soberana en la Metrópoli fueron incapaces de entender las aspi-



raciones de los criollos americanos. La radicalización del conflicto surge precisamente por la manera torpe e irreal en que actuaron estos funcionarios alrededor de las Juntas Supremas Provinciales como la de Sevilla, Junta Central Suprema y la Regencia en un momento en que los americanos simpatizaban y colaboraban con el esfuerzo de la lucha que los españoles venían librando por mantener libre la península. Esta perspectiva de entender que los americanos y los españoles compartían una misma nacionalidad, y tenían una identificación común alrededor del sistema societario representado por la Monarquía hispana, es algo que hay que empezar a recuperar.

Pensar que los venezolanos venimos de la nada y que Bolívar nació repudiando a sus padres españoles es algo tremendista. Resulta que Bolívar es un americano español que se educó en Madrid y se casó con una madrileña que tuvo el infortunio de no aguantar las duras condiciones del clima tropical y murió; además, Bolívar y su familia, se encuentran muy bien relacionados con el sector más aristocrático de la ciudad de Caracas con importantes y “naturales” conexiones con los representantes reales que dirigen el gobierno de la Capitanía General de Venezuela. De una forma familiar y cortés el propio Vicente de Emparan, Capitán General, le advirtió que se apartara de las reuniones conspirativas que desembocaron en los hechos del 19 de abril de 1810, sucesos en que Bolívar no participó. Con ello solo queremos hacer notar que la radicalización del conflicto entre España y los independentistas se hizo a una escala en que la participación metropolitana fue mínima. La mayoría de las representaciones, cartas y documentos oficiales de la época, previa a la formación de las Juntas, elaboradas por los virreyes, capitanes generales y gobernadores, tenían como preocupación básica la prevención de una invasión desde el exterior por parte de Inglaterra; era impensable

para estos funcionarios que los blancos criollos, sus principales aliados en reprimir cualquier oposición popular y que en el año 1806 habían puesto sus caudales a la orden para capturar al revolucionario Miranda, hayan sido quienes propiciaron finalmente la caída de la sociedad española en América.

España empezó a perder sus posesiones ultramarinas desde el mismo momento en que perdió el control de las rutas oceánicas en detrimento de Inglaterra, Francia y Holanda. Desde entonces los hijos de los primeros colonizadores consideraron que podían aspirar a dirigir su propia realidad pero sin necesidad de romper con la herencia cultural e histórica de la que provenían. Pero lo cierto del caso es que en el momento más delicado de su existencia nacional, España se comportó como una potencia imperial arrogante cuya debilidad estructural le impidió acompañar la retórica con el uso de la fuerza.

El conflicto americano se radicalizó por las actitudes extremistas de los distintos sectores sociales preexistentes que actuaron exclusivamente en la defensa de sus intereses. Los criollos querían compartir la dirección política con los peninsulares y mantener a raya a los sectores socialmente considerados inferiores; los peninsulares quedaron en el aire sin saber que autoridad acatar, pero de ninguna manera dispuestos a delegar en los criollos una autoridad que consideraban que les pertenecía por abolengo; los pardos, el grupo social más numeroso, querían ganar mayores derechos y reconocimientos dentro de una estructura jerárquica que les condenaba a ser personas de segunda categoría; los canarios, convertidos en partido, optaron muy pronto por llenar el vacío de los peninsulares en la dirección de la colonia ya que rechazaban y se indignaban de que los blancos criollos estuviesen en una posición social de mayor preponderancia que ellos; en cambio indios y negros vivieron en el silencio; fueron los dos sectores socia-

les sistemáticamente explotados por todos los demás grupos y clases sociales. A ésta conflictividad social hay que agregarle una multiplicación; ya que cada realidad distrital, regional y provincial era un auténtico microcosmo con sus propias peculiaridades pero repitiéndose la misma dinámica conflictiva que se desató luego del año 1810, todo ello por llenar un vacío en la conducción de la sociedad colonial.

Y la mejor demostración de lo que decimos se encuentra en los llamados prolegómenos de la Independencia. La documentación realista es contundente e inapelable en señalarnos la inmensidad de levantamientos y protestas entre los distintos grupos sociales de la sociedad colonial desde el mismo siglo XVI. Los indígenas se resistieron a ceder sus tierras y propiedades, mientras que los negros esclavos no perdían la menor oportunidad para intentar escapar de sus directos opresores, ya sean los blancos de la península o los blancos criollos dueños de las principales unidades de producción. A su vez existieron evidentes disensiones dentro de los mismos conquistadores y funcionarios reales, al igual que entre canarios, pardos, criollos y extranjeros; pero todos estos conflictos fueron atendidos y resueltos por las vías judiciales hispanas, ya sea desde la metrópoli o en los propios tribunales amerindios. De manera tendenciosa una historiografía más cercana a la ficción que a la historia ha desnaturalizado todos estos movimientos y revueltas haciéndolos pasar por momentos preparatorios de la Independencia. Así tenemos que en toda la segunda mitad del siglo XVIII, América es un hervidero de conjuras develadas; alzamientos y protestas aplastados como consecuencia de las airadas reacciones de la población ante las nuevas medidas intervencionistas de los intendentes de Carlos III. Pero como bien explicamos en nuestro trabajo, todas esas revueltas tuvieron una motivación reformista y contestataria que nunca planteó una ruptura

con la dinámica de funcionamiento de la Monarquía en América. Desde la perspectiva de los funcionarios coloniales que las combatieron solo fueron asuntos de orden público internos. En el caso venezolano solo dos de estos movimientos, el de Gual y España en 1797 y el intento de invasión de Francisco de Miranda en 1806, se plantearon radicalmente la sustitución del régimen monárquico por otro de corte republicano. Ni siquiera la muy poco estudiada conjura de los mantuanos del año 1808 puso en cuestión los fundamentos de la legitimidad del orden social de la colonia en un delicado momento en que existió un gran vacío de poder en la Metrópoli.

Ya entrando a los años de la Independencia en sí, 1810-1823, queremos destacar algunos aspectos que nos han parecido interesantes y que denotan un punto de vista muy distinto al tradicional. En primer lugar hemos querido hacer notar que existe otra perspectiva interpretativa totalmente opuesta a la elaborada por los vencedores de la contienda. Los partidarios del realismo venezolano defendieron de manera entusiasta una cosmovisión del mundo y la vida de la cual se sentían arraigadamente identificados; y lucharon con ferocidad cuando un sector interno decidió hacer un viraje hacia un tipo de sociedad alternativa que nunca tuvo el consenso político necesario. La violencia desatada fue sostenida y profundizada por actos de crueldad recíprocos que trastocaron no solamente la infraestructura física del país sino también la salud mental de la psique colectiva de los sobrevivientes. Fue tan traumática la ruptura con la Metrópoli y la transformación de colonia a república que Venezuela siguió sumergida en la violencia y la inestabilidad por más de cien años luego de acabado el conflicto en 1823.

En nuestro trabajo le hemos dado cabida a nuevos actores sociales; nuevas voces hasta ahora acalladas y silenciadas bajo el estigma de la derrota y el pecado histórico de haber sido los

principales adversarios del Libertador. Hemos aspirado rescatar para la historia a personajes demonizados como Empanan, Monteverde, José Domingo Díaz, Cevallos, Miyares, Cortabarría, Morales, Boves, Cagigal, Morillo, La Torre y tantos otros. La finalidad no ha sido lograr su reparación ante la historia sino el de intentar explicar sus actos dentro de las circunstancias históricas del momento. Hay en nuestra propuesta una tendencia a revisar los procesos históricos desde el equilibrio del observador privilegiado que es respetuoso de los hechos y situaciones que intenta explicar y comprender.

La óptica o visión realista de la Independencia de Venezuela es francamente opuesta a la elaborada por los vencedores. Y si nos remitimos a los documentos elaborados bajo la pasión y la locura de la guerra, no nos queda sino considerar que ésta se hizo bajo un odio implacable que solo podía resolverse con el exterminio de uno de los dos bandos enfrentados, como en realidad sucedió. Es por ello que nos parece importante empezar a reconciliarnos con buena parte de nuestra historia hasta ahora suprimida, adulterada y manipulada.

Son pocos los venezolanos de la calle que sabe distinguir con claridad el significado histórico del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811; sin más, es creencia común que ambas fechas representan el comienzo de la Independencia, y no se repara que el 19 de abril fue un movimiento autonomista con el concurso de peninsulares, criollos, pardos y militares de la Provincia de Caracas en favor de la autoridad del monarca Fernando VII depuesto por los franceses. Tampoco se sabe distinguir ni explicar la aparición inmediata luego del 5 de julio de 1811 de ciudades coaligadas unas a favor de la Independencia y otras a favor de la monarquía; situación que contradice una visión unitaria de país. Luego, se sabe muy poco o casi nada de las actuaciones llevadas a cabo por los caudillos civiles y militares

realistas, ya sean nacidos en el país o venidos de la península, más allá de la acostumbrada diatriba que les descalifica. Ni siquiera de los conflictos que se vivieron entre unos y otros por el respeto a una institucionalidad debilitada y las ansias personalistas y arribistas de otros como en el caso de Domingo de Monteverde, auténtico eslabón perdido, que explica los orígenes muy peculiares de nuestro caudillismo secular e indisciplina social. Igual ocurre con el asturiano José Tomás Boves, figura carismática de un atractivo arrollador para los historiadores, y que pasa por ser un caudillo popular, bárbaro e inculto, llevando sus huestes hacia el holocausto. Resulta que Boves, hizo de la guerra una oportunidad de ascenso social dentro de una sociedad jerárquica y clasista; y sus motivaciones étnicas estuvieron acompañadas igualmente por un planteamiento político que su prematura muerte en Úrica no permitió revelar del todo.

Y luego tenemos a Don Pablo Morillo, al frente de un ejército expedicionario pacificador de 12.000 veteranos, que de acuerdo a las mentes fantasiosas en Madrid, se creyó que bastaría para acabar con la rebelión de las colonias en todo el continente americano. La política pacificadora de la monarquía, utilizando la represión militar, estaba de antemano fracasada porque desde la península no se le dio un sostenido apoyo en hombres y recursos logísticos para garantizar su buen éxito en las distintas fases de su ejecución. Y todo ello dentro de un escenario tropical que estableció las pautas y signos de una guerra en condiciones climáticas y geofísicas muy peculiares, y evidentemente favorables a los autóctonos del país. Morillo llegó como un conquistador del siglo XVI, y sus rápidos triunfos en Cartagena y Bogotá le hicieron creer en la victoria durante el esplendido año 1816. En realidad todo fue un espejismo porque luego de la caída de Margarita y Guayana en el año 1817 la guerra en Venezuela se estancaría y tomaría un rumbo

definitivamente favorable a los republicanos. Morillo quedó varado en Venezuela y tuvo que rehacer su ejército, diezmando por las enfermedades tropicales y los duros combates, con gente del país; una vez más la autarquía llegó a definir las pautas de un conflicto rabioso entre hermanos, una auténtica guerra civil con una opinión pública mayoritaria en el medio, expectante y temerosa de las represalias de los sucesivos triunfadores. Mayoría social que fue indiferente a las ideologías y partidos en conflicto pero que sufrió lo indecible.

También hay en el período en que actuó Morillo el impacto de los militares sobre el mundo institucional civil y la desconfianza de estos hacia las salidas de fuerza en la conducción del gobierno. Desde entonces los militares se han asumido en los árbitros del país; y en el caso de los Libertadores hemos hipotecado en sus sucesores la idea de que les debemos la nueva nacionalidad.

Hoy más que nunca el mundo cultural hispano tiene que compartir sus historias comunes en un afán ecuménico de franca colaboración. La historia como instrumento forjador de identidad y cultura puede contribuir en gran medida a ello. Y si bien sabemos de la necesidad del mito y la ficción para la memoria ilustre de todo pueblo; como historiadores nuestra obligación profesional es la de conocer el pasado de acuerdo a las circunstancias históricas que pudieron vivirse y que se acercan lo más posible a lo que realmente sucedió.

Que éste aporte pueda ayudar a muchos españoles, venezolanos e hispanoamericanos en general a valorar y conocer la historia de la emancipación venezolana desde una perspectiva amplia y plural, pudiendo reconocernos afirmativamente en las muchas herencias de las que provenimos, sin menoscabo de ninguna de ellas.